

# El Hombre Pez

HOMANOIDES

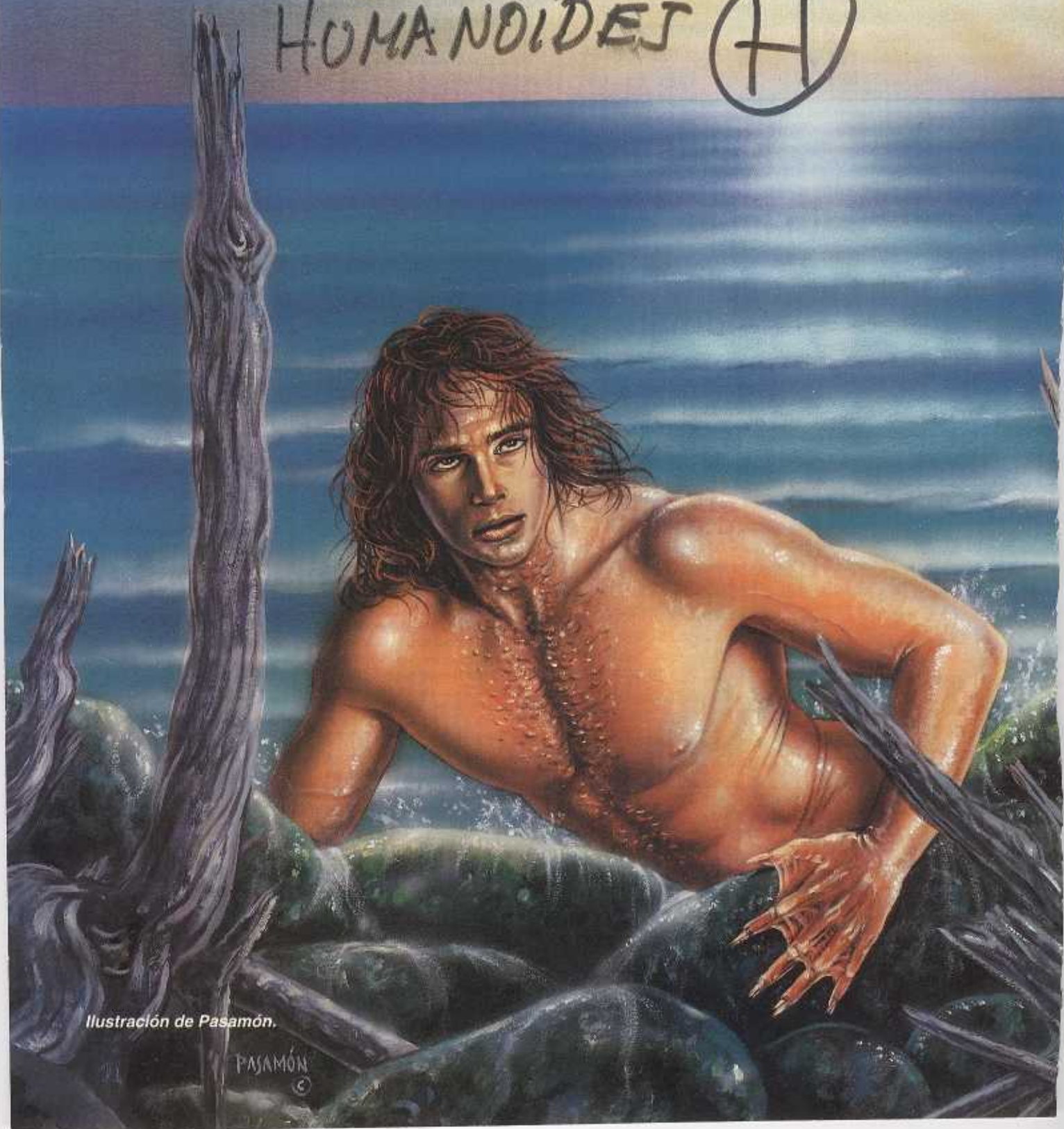


Ilustración de Pasamón.

PASAMÓN  
©


# de Liérganes

**EXCLUSIVA**

**¡DEMOSTRAMOS  
SU EXISTENCIA!**

Iker Jiménez Elizari

Como muchos otros personajes, el Hombre Pez de la localidad cántabra de Liérganes se había convertido en una leyenda después de que su existencia hubiese sido negada durante siglos por ilustres intelectuales. Tras una exhaustiva investigación, ENIGMAS ha conseguido encontrar los documentos inéditos, que ofrecemos en exclusiva, para demostrar que aquel legendario ser existió realmente.

HOMENAJE  
**ARCHIVO**  
DE   
**ENIGMAS**  
**PENDIENTES**  
E. MAYO-99

**Q**arretera comarcal Liérganes-Pámanes, 7 de marzo de 1997, 16.05. Estaba a punto de abandonar la búsqueda que me había llevado hasta Liérganes, aquel bello rincón de Cantabria, casi derrotado por la dificultad del objetivo que me había propuesto: conseguir unas actas de bautismo del siglo XVII para demostrar la existencia real de un personaje que se había instalado en la leyenda, con la dificultad añadida de saber que nadie había publicado jamás aquellos documentos de cuya existencia yo había comenzado a dudar seriamente. Era peor que buscar una aguja en un pajar. Sobre todo si los despropósitos continuaban produciéndose con la misma insistencia desde mi llegada a la recogida aldea.

Y es que, tras dos jornadas de intensa búsqueda, el párroco Antonio Fernández no había hecho acto de presencia. Comencé a sospechar que me rehuía. Medio pueblo sabía que un forastero lo

buscaba ansiosamente para preguntarle algo sobre el Hombre Pez, una fascinante historia que había dado la vuelta al mundo otorgando fama universal a la remota aldea, pero sobre la que se dudaba en diversos e importantes aspectos. Y era precisamente don Antonio quien mejor podía



**El padre Feijoo fue un impulsor de la historia del joven Francisco de la Vega.**

*"Teatro crítico universal", obra enciclopédica de Feijoo en la que se arremetía contra todas las supersticiones del siglo XVIII.*



indicarme el paradero de unos legajos vitales para arrojar luz sobre el suceso protagonizado por Francisco de la Vega, un tritón humano que, al parecer, vivió cinco años sumergido en las profundidades marinas. En un último arrebató decidí plantarme de nuevo en el acogedor paseo de Liérganes, que precisamente está dedicado al mítico personaje protagonista de mi investigación.

Caminando hacia la iglesia de San Pedro Ad Vincula me topé por fin con el esquivo párroco. Una casualidad que no podía desaprovechar. Creo que la mirada desconfiada que se escondía tras la montura de sus gafas traslucía la poca ilusión que le hacía el encuentro.

Pero la documentación que le mostré, extraída de los estudios de diversos historiadores santanderinos del siglo pasado, le obligó a permanecer atento. En aquellos escritos se indicaba la posible existencia de unas partidas bautismales que demostrarían la existencia del Hombre Pez, una trayectoria vital negada posteriormente por ilustres intelectuales que no encontraron el menor atisbo de tales documentos. Y así se había mantenido el relato a lo largo de los siglos, a medio camino entre la leyenda y la realidad. Le hice comprender a Antonio Fernández la

**Liérganes, remota localidad mundialmente famosa por el enigma del Hombre Pez.**



importancia de encontrar aquellas pruebas mientras en la lejanía se llevaban a cabo los preparativos para el entierro de un malogrado vecino fallecido hacía unas horas. Indudablemente, no era un buen momento, pero tenía la intuición de que mi última oportunidad para acercarme a la verdad estaba en aquella conversación que el cura y yo manteníamos bajo el pórtico de la iglesia. Muchos fueron los intentos realizados en los últimos siglos, pero nunca hasta el momento habían visto la luz tales avales históricos. Y quizá comprendiendo lo inviable de la empresa, el párroco me indicó con tono resignado que en Liérganes no quedaba rastro de aquellos papeles; que, posiblemente, el único lugar donde podría encontrarlos era entre las húmedas paredes de un lugar poco apropiado para las indiscretas búsquedas de un reportero: las celdas de un monasterio de clausura.

Apostando por aquella remota posibilidad de dar con las actas, como el que se aferra al último resto de un naufragio cuando el barco se hunde, pisé a fondo el acelerador para devorar los kilómetros que me separaban de un lugar al que tenía pocas probabilidades de acceder, ... si es que tenía alguna. Y mientras la carretera se deslizaba bajo las ruedas de mi

*Liérganes recuerda en cada uno de sus rincones la odisea de Francisco de la Vega.*



*Desde el antiguo puente, los vecinos observaban las hazañas natatorias del niño Francisco de la Vega.*

automóvil, no pude por menos de recordar lo que se sabía acerca de aquel enigmático ser.

## Tragado por las aguas del mar

Las profundas y negras aguas del río Miera a su paso por Liérganes fueron el lugar predilecto para los juegos infantiles de Francisco de la

Vega Casar. A los cinco años de edad mostraba unas aptitudes natatorias fuera de lo común que eran el asombro de los muchos vecinos que se arremolinaban en el viejo puente para contemplarle. En 1672, cuando contaba 16 años de edad, fue enviado a la población vizcaína de Las Arenas para que aprendiese el oficio de carpintero. Así transcurrieron dos años en las serrerías vascas, de donde el joven salía siempre al atardecer para sumergirse en las profundidades de la ría.

Fue la víspera de San Juan de 1674 cuando, en compañía de otros carpinteros, decidió emprender una excursión al recodo donde el mar penetraba en la costa vizcaína para disfrutar de las frescas aguas que tan bien conocía. Pero aquel sería su último baño. Tras desnudarse y sumergirse mar adentro fue dejándose llevar por la fuerte corriente hasta desaparecer. Dada su fama de fabuloso nadador, las gentes del pueblo pensaron que pronto regresaría..., pero no fue así. Esa misma madrugada, su madre, María Casar, recibía la funesta noticia de la desaparición de su hijo, al parecer engullido para siempre por el bravo mar Cantábrico.





Recuerdo hecho piedra en memoria del Hombre Pez de Liérganes.

El trágico incidente llenó de desesperación a Tomás, Juan y José, hermanos del infortunado Francisco, que no escatimaron ni tiempo ni gastos para explorar los abruptos montes y las extensas playas intentando hallar su cadáver. La búsqueda fue inútil, y el recuerdo del vigoroso nadador fue olvidándose poco a poco con el lento transcurrir de los días.

Cinco años después, durante el mes de febrero de 1679, unos pescadores que faenaban en la bahía de Cádiz vieron aproximarse a poca profundidad un ser acuático extraño cuya aparición les llenó de sorpresa y temor. El rumor se extendió como la pólvora por los muelles de la capital andaluza y pronto se ingenió un rudimentario dispositivo a base de redes de arrastre con cebos de carne y pan que acaso pudieran atrapar al enigmático mero-deador. En varias ocasiones, una gran silueta cuyos perfiles se difuminaban bajo las aguas devoró los diversos trozos de comida, huyendo después a gran velocidad.

Tras varios días durante los cuales fue visto nadando muy cerca de las embarcaciones, al fin pudo ser atrapado y trasladado a tierra firme.

Los pescadores no salían de su asombro. La presa era en realidad un hombre joven, muy corpulento, de al menos

Otros monstruos marinos: el pez obispo (1572) y el mono de mar (1613).



1,80 m de estatura, de tez pálida, casi traslúcida y cabello rojo como el fuego. Una cinta de escamas idénticas a las de los peces atravesaba su tronco desde la garganta hasta el estómago, mientras que otra de análogas características se extendía a lo largo de su columna vertebral. Los dedos de sus manos permanecían unidos por una finísima membrana pardusca dándoles un aspecto parecido a las palmas de los patos. El monstruoso sujeto bramaba y rugía como los animales y tuvo que ser reducido por más de media docena de trabajadores del puerto pesquero. El destino asignado a la asombrosa captura fue el convento de San Francisco, lugar donde el misterioso Hombre Pez iba a ser retenido durante tres semanas.

## Exorcismos en Cádiz

El secretario del Santo Oficio, Domingo de la Cantolla, se quedó asombrado al recibir la noticia. Inmediatamente ordenó que se realizaran diversos exorcismos para expulsar los posibles demonios y espíritus malignos que pudieran residir en aquel extraño cuerpo. Al convento llegaron expertos en lenguas extranjeras como fray Juan Rosende quien interrogó durante días y noches enteras al Hombre Pez, intentando obtener una respuesta que se demoró lo indecible.

Al fin, de la boca de aquel anfibio humano surgió la palabra "Liérganes", un vocablo completamente desconocido en el lugar, excepto para un mozo natural de Santander que se



*Placa conmemorativa de la captura en Cádiz del tritón humano Francisco de la Vega.*

*Punto exacto del río Miera donde desapareció por última vez Francisco de la Vega Casar.*



encontraba trabajando en los astilleros de la ciudad andaluza. Él sabía muy bien que ése era el nombre de una pequeña pedanía cántabra, perteneciente al Arzobispado de Burgos, que estaba ubicada a orillas del río Miera.

Las dudas, el asombro y una cierta incredulidad se apoderaron de Domingo de La Cantolla, quien no dudó un instante en mandar diversos mensajeros hasta la localidad de Solares, próxima a unos diez kilómetros de Liérganes. Allí se puso en contacto con el noble Dionisio Rubalcaba; con Gaspar Melchor de la Riba, caballero de la orden de Santiago, y con el marqués de Valbuena. Ellos se encargaron personalmente de requerir a los liérganenses la búsqueda de datos que pudieran tener algún nexo de unión con la sorprendente aparición de aquel ser en Cádiz.

A los pocos días, Dionisio Rubalcaba recibía la confirmación directa de la desaparición de Francisco de la Vega Casar, acaecida hacía un lustro en la ría de Bilbao, y así lo hizo saber en el convento de San Francisco provocando una inusitada expectación. En los primeros días de enero de 1680 se convenía el traslado del

Hombre Pez hasta el pueblo cántabro, sospechándose seriamente que aquel hombre-bestia fuera en realidad el desaparecido carpintero dado por muerto tiempo atrás.

Fue fray Juan Rosende quien se encargó de dirigir la peculiar comitiva hasta tierras montañosas. De pronto, al llegar a un lugar conocido como la Dehesa, el sujeto custodiado decidió poner pie a tierra, como si estuviera siendo guiado por un misterioso instinto. Parecía conocer perfectamente el terreno. Precediendo a los sacerdotes, y caminando a grandes zancadas, hizo su entrada en Liérganes. Por fin se detuvo ante la casa de la familia De la Vega. La vieja María

Casar lo reconoció instantáneamente como el hijo que había perdido en Bilbao y se abrazó a él entre sollozos, gesto al que se unirían como una piña sus dos hermanos Tomás y Juan. El tercero de ellos, José, había partido hacía dos meses en dirección a Cádiz tras enterarse por una conversación con el marqués de Valbuena de la captura de quien podría ser su hermano. Jamás regresaría al hogar.

Extrañó sobremanera a quienes le acompañaban el hecho de que el Hombre Pez no hiciese gesto alguno que denotara alegría por el reencuentro con sus parientes. Y así se mantuvo su

**L**os pescadores no salían de su asombro. La presa era un hombre joven de 1,80 metros, muy corpulento, de tez pálida, casi traslúcida y cabello rojizo. Escamas de pez atravesaban su tronco y su columna vertebral. Los dedos de las manos permanecían unidos por una finísima membrana.



*Basadas en rumores y testimonios de todo tipo, las leyendas sobre criaturas a medio camino entre humanos y peces han estado presentes en todas las épocas y culturas. Con un criterio simplista, el caso del Hombre Pez de Liérganes se ha venido considerando como una fabulación más en la misma línea de las sirenas y de los tritones. Sin embargo, tal como se demuestra en este reportaje, existió realmente y sus extraordinarias circunstancias fueron, así mismo, auténticas.*

carácter introvertido durante los casi dos años (nueve según algunos cronistas) que permaneció en el domicilio natal bajo estricta vigilancia y observación del ilustrado Dionisio Rubalcaba.

Francisco de la Vega jamás volvería a ser quien fue. Su vida en Liérganes se limitó a ver pasar los días en silencio, una actitud que sólo rompía al mascullar palabras que sonaban como "pan" y "tabaco", aunque jamás guardaban relación alguna con las acciones de comer o fumar. Paseaba cubierto de harapos por todo ropaje, devorando pescado y carne cruda durante horas para luego pasarse varios días sin probar bocado. La mayor parte del tiempo permanecía como un vegetal, estático y echado boca abajo sobre el suelo. Nunca mostraría el menor interés por nada ni por nadie.

Fue en un atardecer de 1682 cuando se le oyó gritar como un animal herido. Sin que hubiera mediado causa aparente alguna, el Hombre Pez se encaminó directamente hacia las aguas del río Miera. A pesar de que varios campesinos intentaron impedirselo, él logró

zafarse con habilidad de su asedio y rápidamente se sumergió de nuevo y para siempre en el mismo lugar que durante su infancia había sido testigo de sus incursiones acuáticas. Nadando a una velocidad antinatural, el extraño individuo dejó rápidamente atrás su hogar para desaparecer en la nebulosa lejanía. Desde ese mismo instante, Francisco de la Vega permaneció en paradero desconocido, dejando con su fuga marina una estela misteriosa que pronto recorrería el mundo entero.

## Feijoo versus Marañón

El benedictino fray Benito Jerónimo Feijoo fue un ilustrado que arremetió duramente contra el mundo supersticioso y mágico de la España del siglo XVIII. Su enciclopédica obra *Teatro crítico universal*, realizada entre 1726 y 1740, fue un pilar básico con el cual pretendió combatir la superstición que por aquel entonces inundaba todos los estratos socia-

les. A lo largo de varios centenares de páginas preñadas de espíritu racionalista, Feijoo fue "reventando" milagros y creencias de toda índole. Lo hizo en todos los casos tratados excepto en uno..., precisamente el del joven Francisco de la Vega. Un hecho, según Feijoo, que constituía una insólita pero real demostración de las posibilidades de adaptación de un ser humano al medio acuático. En ningún momento dudó del extraño suceso, habida cuenta de todas las personas de altísima cultura y preparación que habían intervenido a lo largo de las distintas etapas de la historia. Los clérigos, nobles e ilustrados que fueron testigos de las andanzas del Hombre Pez componían para Feijoo un marchamo de autenticidad indiscutible.

Las misivas personales que puntualmente recibió de algunos implicados le hicieron tomar interés por el extraño asunto, dedicándose a él con fervor y relatándolo con amplitud en el tomo VI bajo el título *Examen filosófico de un peregrino suceso de estos tiempos*.

El prestigio que le otorgó la mordaz pluma de Feijoo, intransigente para muchas otras materias, hizo que la historia cobrase una gran relevancia a finales de siglo, provocando incluso la llegada a la villa de Liérganes de multitud de zoólogos venidos de distintas naciones europeas. A partir de ese instante, los intentos por conseguir datos y pruebas que avalasen la odisea del Hombre Pez se sucedieron sin éxito hasta bien entrado el siglo XX.

A mediados de los años treinta fue el insigne doctor Gregorio Marañón quien intentó atajar las riendas de la supuesta leyenda, dedicándole todo un capítulo de la obra *Las ideas biológicas del padre Feijoo*. En él proponía una particular teoría que fue aceptada por la mayoría de sus colegas científicos. Para Marañón, Francisco de la Vega había sido en





Si mis pacientes pesquisas no andaban del todo desencaminadas, era precisamente en aquel viejo archivo donde debían encontrarse algunos documentos que hacían referencia directa al Hombre Pez: precisamente, las actas que un día ya lejano fueron secretamente traídas desde la parroquia de san Pedro Ad Vincula. Ese era el motivo por el cual muchos rastreadores del añejo enigma habían fracasado en el intento: por buscarlas en un lugar de donde ya hacía mucho tiempo habían desaparecido.

De todos modos, mi ánimo iba decayendo según avanzaban las agujas del reloj, y los restos de mi confianza acabaron por resquebrajarse cuando al fin conseguimos localizar uno de los antiguos libros parroquiales de Liérganes fechado en aquellos años..., en el cual no aparecía ni el menor rastro de Francisco de la Vega. Una figura legendaria que, incluso en mi mente, poco a poco comenzaba a perfilarse como un mito fabricado por las ancianas voces de la verde Cantabria. Y en esas cavilaciones me encontraba, maldiciendo la circunstancia de que aquella inigualable historia terminara siendo un simple invento, cuando una exclamación me devolvió al mundo real. El dedo índice de sor Emilia Sierra temblaba apuntando una serie de garabatos casi incomprensibles, aún más difíciles de identificar en aquel oscuro salón. Pero no cabía duda: al acercar el libro a la débil luz de la lumbre, comprobé emocionado que, efectivamente, aquellas letras habían sido escritas de puño y letra por Pedro Heras Miera, párroco de Liérganes, a comienzos del siglo XVII. ¡Aquel legajo de valor incalculable era la partida de bautismo de Francisco de la Vega Casar, el Hombre Pez!

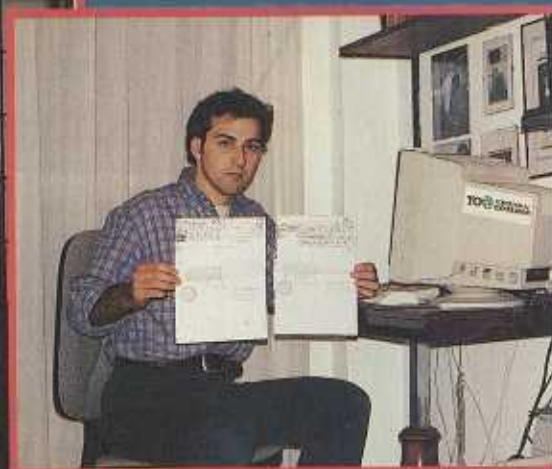
Mi expresión de alegría irreprimible contagió a la afable sor Emilia, quien continuó hurgando con soltura entre aquellos registros de

bautismos, matrimonios y defunciones. Poco después, ponía de nuevo ante mis ojos otro documento excepcional. Era el libro de finados de la parroquia de Liérganes correspondiente al período comprendido entre 1722 y 1814. Allí, en su folio 106, aparecían escritas con toda nitidez por el propio cura firmante, Antonio Fernández del Hoyo Venero, las notificaciones oficiales del fallecimiento de Francisco de la Vega, el denominado "Hombre Pez" por el propio párroco, y de su desaparecido hermano José. Es preciso hacer constar que, como se puede ver en el texto de las actas, según la legislación vigente en aquella época era preciso esperar 100 años para que una persona desaparecida fuera declarada legalmente fallecida.

**A**quel legajo era la partida de bautismo de Francisco de la Vega Casar y estaba firmada por el párroco de Liérganes en los inicios del siglo XVII

*Dependencias del convento de clausura donde se encontraban los documentos sobre el Hombre Pez.*

*El autor muestra las dos actas oficiales del nacimiento y muerte del Hombre Pez de Liérganes.*



En aquel viejo papel quedaba otro reto para la historia. Conscientes de ello, nos sentimos dichosos de haber puesto sobre el tapete unas pruebas que el tiempo y las investigaciones mal encaminadas habían querido reducir a la categoría de fábula.

Los datos irrefutables estaban en mis temblorosas manos; nadie ya los podría negar. En aquellos momentos, todos los esfuerzos y fracasos previos quedaron definitivamente borrados y olvidados. El Hombre Pez vivió en aquellas remotas tierras y nosotros lo habíamos demostrado. Eso era lo único que importaba. La verdad sobre su odisea en las profundidades del mar se convertía a partir de este instante en un nuevo desafío, en un auténtico enigma pendiente que ya jamás podrá ser visto únicamente con los ingenuos ojos de lo legendario. ■